

Agradecimiento al Padre Nicolás

Palabras del P. Lombardi, en nombre de toda la Congregación General

Lunes, 3 de octubre de 2016

Querido Padre Adolfo:

Se me ha encargado que le dirija, en nombre de la Congregación y en cierto sentido de toda la Compañía de Jesús, unas palabras de agradecimiento, con ocasión de la conclusión de su servicio como Prepósito General, una vez aceptada su renuncia.

Es una tarea que la Compañía le había confiado hace ocho años, el 19 de enero de 2008, en esta misma Aula, con una elección por amplísima mayoría, de la que todos los participantes en la Congregación General 35 nos sentíamos felices, confiando plenamente en que poniendo en sus manos la dirección de nuestra Compañía hacíamos la elección justa.

Hoy, poniendo la mirada en estos años en los que ha sido nuestro Padre General, damos gracias al Señor por todos los bienes que se han seguido de ello, para nosotros, para la Compañía de Jesús extendida por el mundo, para la Iglesia y para todas las personas a las que se dirige nuestro servicio.

Gracias por su estilo personal. Todos los que le han conocido y encontrado hablan de su cordialidad, espontaneidad y simplicidad de trato; de su accesibilidad, de su relación amable con todos, sean personas simples o de alto rango. Quienes han convivido con usted en la Curia durante años han quedado impresionados por su mirada siempre sonriente, su buen humor; no recuerdan haberle visto nunca con una expresión sombría, adusta, tiesa, y mucho menos airada.

Su participación cordial en los encuentros que ha tenido con las comunidades le han granjeado el afecto y confianza, apertura y seguridad de nuestros hermanos del mundo entero, que se han sentido animados en su tarea apostólica. Se le ha visto como un Superior lleno de simpatía y se le ha sentido cercano y fraterno. Diría que se le ha querido.

Gracias por su capacidad para inspirar nuestra vida religiosa y nuestro compromiso en la misión.

Nos ha recordado continuamente la perspectiva universal de nuestra misión, más allá de los confines restringidos de las regiones, naciones o Provincias; y nos ha invitado a la hondura espiritual, a evitar los riesgos de la mediocridad y de la superficialidad. “Universalidad” y “hondura” son dos palabras que hemos oído pronunciar de sus mismos labios y que no olvidaremos. Nos ha exhortado a no ser jesuitas “distraídos”, sino más bien a “sentir y gustar las cosas internamente” y a dirigirnos al núcleo de los problemas, de los desafíos apostólicos de nuestro tiempo, usando la inteligencia, el estudio y el corazón para mirar el mundo con los ojos de Dios, para saber compartir las alegrías y tristezas, los interrogantes de nuestros hermanos y hermanas, para acompañarlos a la hora de buscar y encontrar los signos de la presencia y de la voluntad de Dios, y las mociones del Espíritu bajo la corteza superficial, de la figura exterior de este mundo globalizado y frenético, caracterizado por la nueva cultura digital.

Nos ha dado ejemplo de una sabiduría serena, que se expresaba en homilías ricas en imágenes y reflexiones profundas, en invitaciones a la coherencia de nuestra vida religiosa, a la concreción de una conversión cotidiana. Homilías que nacían de su rica experiencia espiritual y de su vida apostólica, en la que sentíamos no pocas veces el eco de la misión en los amplios horizontes de Asia.

Estas dotes de su persona y de su modo de ser no pretenden, sin embargo, dejar en segundo plano el hecho de que ha puesto mucho empeño en la acción de gobierno para responder a las expectativas que había manifestado la Compañía en la Congregación General 35. En estos años, bajo su dirección e impulso, se ha producido un gran trabajo de reestructuración de Provincias en diversas partes del mundo; los Superiores Mayores también han sido invitados a mirar hacia el futuro y a discernir sobre el número puede que demasiado grande de obras y ministerios presentes en las zonas de su competencia; las Conferencias de Provinciales y sus Presidentes se han visto animados a la tarea de responder a los desafíos que iban más allá de los confines provinciales o regionales.

La Curia general ha sido una cantera de experimentación muy dinámica y creativa de nuevos modos de servir a la Compañía universal. Usted no ha tenido un estilo de gobierno individualista y centralista, sino que ha sido capaz de dejarse ayudar, de implicar a sus colaboradores más directos en un trabajo común y corresponsable, de equipo. Ha hecho uso frecuente y eficaz de grupos de trabajo y comisiones para afrontar problemas complejos, para la constitución, reorganización o promoción de los Secretariados, como los de ecumenismo y diálogo interreligioso, educación secundaria y superior...

También se han reorganizado el Archivo y el Instituto Histórico. Se han reestructurado los lugares de trabajo, dejándolos más acogedores y funcionales. Los edificios de la Curia y de la *Via dei Penitenzieri* se han renovado completamente y, en fin, también el Aula en la que nos encontramos corona dignamente todo este trabajo realizado gracias a su equipo de gobierno.

Nos ha recordado que el apostolado intelectual debe seguir siendo una de las características del servicio de la Compañía a la Iglesia y al mundo, y ha animado eficazmente el compromiso de toda nuestra Orden para sostener las instituciones y misiones que la Santa Sede le ha confiado en Roma para el bien de la Iglesia universal.

Ha promovido entre nosotros lo que podría definirse como una “cultura de la responsabilidad”. En la lengua inglesa gusta mucho la palabra “accountability”: rendir cuentas, responder de las tareas confiadas y la confianza depositada. Lo que vale para todas nuestras responsabilidades, tanto apostólicas como de gobierno.

En particular, ha logrado que la Compañía haya alcanzado una buena capacidad de afrontar los casos graves en los que haya sido o vaya a ser necesario intervenir, por ejemplo, en el campo de los abusos a menores, en el que también nosotros, como toda la comunidad de la Iglesia, hemos tenido que emprender un camino doloroso de respuesta por los crímenes cometidos, de conversión y de purificación. Todavía queda trecho por recorrer hasta llegar a ser verdaderos protagonistas de la prevención y de la protección de los menores, aunque se ha hecho mucho.

Igualmente hay otros aspectos importantes de su dirección de la Compañía que no queremos olvidar.

Se ha esforzado mucho y ha viajado mucho, en primer lugar, para conocer la Compañía universal, particularmente las zonas que había conocido menos antes de su elección; para acercarse y hacerse presente, animar, participar, conocer más hondamente. Ha escrito muchas cartas, pronunciado muchos discursos y mantenido muchas conversaciones, ha participado en innumerables coloquios con escucha disponible y atenta. En las numerosísimas Provincias visitadas -casi todas- y en los encuentros en los que ha participado siempre se le ha acogido con alegría y gratitud, como fuente de inspiración y orientación, ora por los jesuitas, ora por nuestros colaboradores y amigos. No ha ahorrado esfuerzos en el servicio a la Compañía universal, sino que se ha entregado con generosidad y alegría. No se pertenecía a sí mismo, sino al Señor y a su Compañía: en concreto -en los últimos ocho años- a nosotros. Todos le estamos agradecidos.

Con ocasión de la Congregación de Procuradores, por primera vez en África, en Nairobi, en 2012, se ha esforzado mucho, con su amplia relación sobre el estado de la Compañía, en ofrecernos una lectura objetiva y honda de los aspectos positivos, así como de los negativos, de nuestra situación, para hacer nuestro debido examen de conciencia. No hemos olvidado su aguda descripción de los tres tipos de jesuita: los que están plenamente disponibles para la misión, los que, aun trabajando bien, no son libres como requiere el *magis* ignaciano, y los que, lamentablemente, sufren “graves carencias de libertad”. Aquella relación es todavía un documento precioso y nos ha ayudado a prepararnos para esta Congregación General que alcanza ahora su fase decisiva.

No queremos olvidar la inteligencia con la que ha sabido aprovechar la ocasión del segundo centenario de la restauración de la Compañía, en 2014, para reavivar en nosotros el sentido de nuestra extraordinaria historia y la responsabilidad que de ella deriva, la conciencia y la auto-comprensión común de nuestra identidad y misión.

Pero también se ha apreciado su guía alentadora e inspiradora más allá de la Compañía de Jesús. Durante algún tiempo ha sido Vicepresidente y luego Presidente de la Unión de Superiores Generales. La vida religiosa masculina e incluso la femenina han apreciado y disfrutado su servicio. Como nos han recordado muchas veces los Papas, no podemos darnos cuenta cumplida de que la Compañía siempre ha desempeñado un papel y ha tenido una responsabilidad para la vida religiosa apostólica en la Iglesia. Usted ha representado y encarnado dicha responsabilidad. Y no es casualidad que los Superiores Generales le hayan elegido para representarles con ocasión de los Sínodos de estos años. En dichas ocasiones, sus intervenciones se señalaron por la libertad de espíritu, originalidad, coraje y amplitud de miras, manifestando su vasta experiencia, conocimiento de diversas culturas y situaciones en la vida de la Iglesia, la necesidad de una renovación de la teología de la misión. Teníamos razones para pensar que usted incluso había desempeñado algún papel a la hora de animar al Papa Francisco a renovar el método del Sínodo, y no por nada, en los dos Sínodos dedicados a la familia, le llamó a tomar parte activa en la Comisión que trabajó para llegar, con gran esfuerzo de síntesis, a la redacción de la relación final.

El General nos guía, pero también nos representa en las relaciones con las otras instancias de la Iglesia y de su gobierno universal. Se ha esforzado mucho, en primera persona, para garantizar relaciones buenas y constructivas con los diversos Dicasterios de la Curia Romana, visitando regularmente a sus más altos responsables. Y los jesuitas se han sentido en buenas manos cuando usted se ha hecho cargo de sus problemas, así como sabemos que ha sabido asumir con claridad y decisión su posición y defensa cuando era justo y necesario. Se han sentido guiados con tranquila seguridad en un servicio nada servil, con el espíritu de un leal y adulto *sentire cum Ecclesia*, según el deseo de San Ignacio y las características de nuestra Compañía.

Por fin, usted ha sido el primer General en encontrarse en el caso -para casi todos nosotros verdaderamente inesperado y difícilmente imaginable- de asistir a la elección de un Papa jesuita; un jesuita que antes de ser Obispo y Cardenal había sido Provincial y había participado, en esta Aula, en dos Congregaciones Generales, y que ahora vemos asomarse al balcón de San Pedro vestido de blanco. Una situación históricamente inédita sobre cuyas implicaciones tendremos ocasión de reflexionar en el curso de esta Congregación. Pero ahora le estamos dando las gracias a usted. Y le damos muchísimas gracias porque ha sabido, por su parte, establecer desde el inicio, con el Papa Francisco, una relación de comunicación directa y cordial, de la que pronto la Compañía ha experimentado los beneficios. Lo ha hecho con la simplicidad y discreción que le caracterizan, y que han evitado a la Compañía y a todos nosotros cualquier posible situación embarazosa por la novedad de la situación. La Compañía de Jesús ha seguido poniéndose, como siempre, a la plena disposición del Papa para las misiones, y a la vez ha sentido -por muchos aspectos- con él aquella sintonía espiritual que

desciende naturalmente de la común identidad y espiritualidad religiosa, y que a su vez ha favorecido ulteriormente en nosotros el afecto y el deseo de servir al Vicario de Cristo en su servicio a la Iglesia y a la humanidad.

Vivir la misión en una Iglesia y con una Iglesia “en salida”, llamada a anunciar a Jesús y a servir en las fronteras y periferias, sintiéndose en camino con el pueblo de Dios, en solidaridad con los pobres y con todos los que sufren, buscando y reconociendo a Dios presente y operante en todas las cosas hasta los confines del mundo y en la profundidad de la historia. *Evangelii gaudium*, la alegría de anunciar el Evangelio, que es la misión de la Iglesia, y de la Compañía en la Iglesia y en el mundo.

Querido Padre Adolfo: usted ha experimentado en su vida esta alegría a la que nos invita nuestro hermano Vicario de Cristo. De ello da testimonio su sabiduría serena. Gracias por habernos guiado y acompañado hasta este día y en este espíritu como Cuerpo de la Compañía de Jesús.

Gracias y buen camino. Que el Señor siga acompañándole siempre. También le acompañará nuestra oración.